

Prólogo: Llamad a cualquier puerta

Decía Alfred Hitchcock que es mejor partir de tópicos que caer en ellos. Cuántas novelas y películas en la actualidad comienzan por todo lo alto —un inicio sorprendente e inverosímil, que no se parece nada a lo que hemos visto antes—, imprimiendo a ese inicio la intensidad del desenlace, todo sea con tal de agarrar por las solapas al espectador. El problema está en que pocas veces el desarrollo de la historia mantiene la altura de las expectativas generadas, diluyéndose para quedar en nada o menos. En las antípodas de esa hiperabundancia de los comienzos más falleros está la sencillez de las mejores películas de Hitchcock, o el planteamiento humilde y cercano de cualquier novela de Empar Fernández. Seguramente es más complicado construir una historia con menos elementos, hacer que resulte interesante a cada minuto, a cada página, profundizando en sus implicaciones. Seguramente con el paso del tiempo comprobaremos que resisten más en nuestra memoria la mujer que no bajó del avión o la chica que lloraba al subir al autobús antes que los golpes de efecto puntuales que pudieron impresionarnos en su momento.

Malita verdad se inicia con una rutina vivida y vista una y mil veces. El peso de la realidad carga las tintas en los diferentes matices del gris, quitando espacio para el resto de colores: una mujer solitaria vuelve tarde de trabajar, acumulando cansancio y hastío de su rutina. En su casa solo le espera un hijo adolescente con el que apenas consigue intercambiar algunas palabras, las justas para ir tirando. Se encuentra tumbado, con los cascos y la ropa puesta, pero ya se ha dormido, sin siquiera tocar la cena que ella le dejó preparada. Pero ya es mayorcito para juegos tiernos; de hecho madre e hijo llevan una temporada tratándose como desconocidos. No será hasta la maña-

na siguiente cuando su doloroso distanciamiento, que parecía el resultado de una adolescencia complicada, desemboque en una tragedia irreparable.

La llegada de una trama policiaca no hace desistir a Empar, que aplica las mismas reglas del juego: con sensibilidad e inteligencia, y sin querer hacer leña del árbol caído, la autora nos descubre una trama familiar a través de las indagaciones de un aprendiz de detective. Pero todo lo que sucede en esta novela está más bañado por esa gama de grises de la realidad que por el technicolor de las películas. Con mano firme desnuda la intimidad y los sentimientos de sus personajes, sabiendo que son mucho más que tópicos literarios, que podríamos encontrarnos a cualquiera de ellos a la vuelta de la esquina, en nuestro barrio, en nuestro vecindario.

Son muchos los temas y problemas que plantea esta novela pero muy pocas las soluciones, ya que el camino de la investigación no nos lleva tanto al descubrimiento de una verdad como a un dilema moral en el que no caben soluciones fáciles. Quien haya leído alguna de las novelas previas de Empar —en este sello se pueden encontrar *La mujer que no bajó del avión* y *La última llamada*— ya conoce sobradamente su registro y su sutileza para retratar la crisis y sus consecuencias en la vida cotidiana.

Todo transcurre en un barrio cualquiera de Barcelona. En cualquier barrio de Barcelona. Casi puede decirse que en cualquier barrio de cualquier ciudad, en cualquier calle. Puede que el transcurso de la acción nos lleve por derroteros más inesperados, pero os aseguro que no son para nada fantasiosos, porque la materia prima de esta novela es todo lo que nos rodea. Llamad a cualquier puerta porque está a punto de empezar una nueva novela de Empar Fernández.

por David G. Panadero,
director de la colección Off Versátil

PRIMERA PARTE

Olga no advirtió ningún ruido cuando llegó a casa cerca ya de las once de la noche. Ni la televisión encendida ni la voz de su hijo al teléfono o frente al micrófono del ordenador. Ni tan siquiera el ruido como de lluvia menuda del teclado que tantas horas ocupaba diariamente a Daniel. Le sorprendió aquel silencio absoluto, pero recordó que, cada vez más a menudo, Daniel utilizaba auriculares para escuchar música y que a todos los efectos dejaba de existir. Se aislaba. Desaparecía. Una explicación razonable para tanta quietud. En ocasiones pensaba que su hijo los empleaba para alejarse del mundo y de ella. Sobre todo de ella.

Encendió la luz del pasillo, dejó el bolso sobre una silla, se descalzó con evidente alivio de sus pies castigados y se acercó a la habitación de Daniel. Mientras avanzaba el cansancio se apoderó de ella como un extraño y despiadado virus. Se elevó la fatiga desde el suelo hasta superar la planta de sus pies, alcanzar sus piernas, sus brazos, sus ojos... Se sintió exhausta.

En el piso de arriba, el ático tercera, alguien seguía las evoluciones televisivas de unos concursantes que aspiraban a hacerse millonarios de la noche a la mañana. Algunos incluso lo conseguirían. Olga reconoció la sintonía del programa y pudo imaginar a sus vecinos sentados ante el televisor. Mientras caminaba pasillo adelante también pudo oír risas y rumor de voces. Experimentó algo difícil de definir pero estrechamente emparentado con la envidia. Envidia de luces encendidas, de murmullo de voces cómplices, del otro sentado muy cerca, rozándote. El deseo de que alguien te pregunte cómo ha ido el día.

La puerta de Daniel estaba entornada, no cerrada. No la cerraba nunca, no necesitaba confinarse, se limi-

taba a blindarse a sí mismo. Olga la empujó unos centímetros, los justos para entrever el cuerpo de su hijo a la luz del corredor. Daniel se había estirado sobre la cama completamente vestido y con las deportivas todavía en los pies. Ni tan siquiera se había aflojado los cordones. Recordó que hacía tres días que no se había cambiado los tejanos y que la camiseta era la misma que usó el día anterior, y quizás el anterior al anterior.

Resopló.

No era la primera vez que se quedaba dormido tal cual, sin ponerse el pijama ni lavarse los dientes. Lo de los dientes era otra batalla perdida. Una más en aquella guerra incruenta que parecía no acabarse nunca.

Daniel conservaba los enormes auriculares azules en torno a su cabeza y obstruyendo sus oídos, tenía los ojos cerrados y uno de sus brazos descansaba sobre su vientre. Parecía dormido, pero quizás no lo estuviera. Olga no ignoraba que muchas veces aparentaba dormir para no desearle buenas noches, no escuchar algún consejo de última hora de labios de su madre o no responder a una pregunta. Ella siempre tenía preguntas y él muy pocas ganas de satisfacer su curiosidad. Así de difíciles eran las cosas con un hijo adolescente.

Olga suspiró y, sin darse cuenta, movió la cabeza de un lado a otro profundamente contrariada. No conseguía entender cómo alguien podía relajarse con la música tronando en la proximidad de sus tímpanos. Música para dormir, para estudiar, para caminar... En la habitación, en el lavabo, en la cocina, en la calle, en el patio del instituto, entre una clase y la siguiente... Lo que para ella era un puro infierno para Daniel parecía algo vital, imprescindible. Música, música, música. Como el aire, como el agua.

Música.

Un verdadero disparate.

Cada vez más cosas de Daniel la superaban. Una de ellas era ese encerrarse en sí mismo que al parecer era algo habitual en los chicos de su edad y que a ella la sacaba de quicio. Quizás llevaban tanto tiempo viviendo solos que no conseguía acostumbrarse a ese estar sin estar del todo tan propio del joven energúmeno en el que se había convertido su hijo. No conseguía encajar tanta ausencia. No si el que se ausentaba era aquel joven en feroz desarrollo en torno al cual había girado su vida durante mucho tiempo. Un chico de 16 años desgarbado y confuso que aparentaba no verla y simulaba no oírla. Y lo hacía bien. Un virtuoso. El mismo sujeto que raramente abría la boca, que muy de tarde en tarde respondía a sus mensajes de móvil, que hablaba por lo bajo y que atravesaba el piso en dos zancadas y se plantaba en el portal en un suspiro.

Un suspiro materno.

Un chico inaccesible de piernas largas y cabello lacio y apelmazado al que desesperaba proporcionar la más pequeña explicación.

Años atrás Olga se hubiera acercado a Daniel y hubiera besado su frente, quizás incluso hubiera sacado una colcha del armario sin hacer el menor ruido y lo hubiera tapado por si durante la noche refrescaba. Quizás le hubiera susurrado un «buenas noches, mi vida» o le habría apartado el cabello de la cara. Seguramente habría retirado los auriculares con delicadeza y, desde luego, lo habría descalzado. De haberse despertado, aquel niño que fue Daniel con toda seguridad hubiera correspondido con un «buenas noches, mamá» y una sonrisa afectuosa.

Se limitó a comprobar que seguía completamente inmóvil y que aparentemente descansaba y cerró la puerta con cautela. Si se hubiera acercado y hubiera retirado los cascos de los oídos de su hijo probablemente

Daniel se hubiera enfurecido y Olga no necesitaba más problemas de los que ya tenía. Además cada vez llevaba peor el turno de tarde-noche. Se sentía cansada y profundamente desanimada. Con el discurrir del atardecer notaba los pies hinchados, le pesaban las piernas como sacos terreros y se apoderaba de su ánimo un malhumor que apenas conseguía disimular.

En el hospital pasaba las horas enteras de un sitio a otro. Las enfermeras de la segunda planta, la de Pediatría, tocaban cada día a más trabajo. Que si cambia el suero de la 206, que si reparte medicación, que si atiende a la madre del niño de la 201 a la que conviene tranquilizar a cualquier precio, que si la criatura de la 207 acaba de vomitar, que si la niña de la 204 no toma leche y necesita un zumo... Además un final de septiembre insólitamente caluroso como el que estaban atravesando no la ayudaba en lo más mínimo.

Y por si fuera poco al llegar a casa y tenderse en la cama tardaba lo que no está escrito en conciliar el sueño. Podía pasar horas con los ojos cerrados y sin dejar de cavilar. Podía pensar cientos de veces una misma cosa sin avanzar absolutamente nada, como en un bucle desquiciante. A menudo no conseguía pegar ojo hasta bien avanzada la madrugada y cuando lo hacía despertaba dos o tres horas después. Era una verdadera tortura, una especie de oscuro maleficio que Sebastián, uno de los médicos con el que tenía cierta confianza, había atribuido a una menopausia precoz. Si andaba muy apurada recurría a las pastillas para dormir que le había recetado. No le quedaba otro remedio para ir tirando.

En la cocina comprobó con disgusto que su hijo no había cenado. No había calentado la sopa y la tortilla de patatas seguía en la nevera. Abrió una lata de cerveza y, sentada a la mesa de la cocina, Olga se comió la tortilla

fría pensando en Daniel y en cómo se había alejado de ella en unos meses. Sintió ganas de llorar, pero no podía permitírselo. Necesitaba descansar, dormir, no obsesionarse. Sobre todo: no obsesionarse. Había quien aseguraba que la conducta de su hijo era completamente normal y que no debía preocuparse, que pasaría pronto, en un par de años todo lo más. Pero eran ya muchos años viviendo solos y a solas y a ella le costaba Dios y ayuda sobrellevar tanto distanciamiento.

Se sentía vacía y un poco perdida. Y experimentaba algo que bien podría llamar resentimiento hacia Salvador Carreras, Salva, el padre de Daniel, su ex. Había dejado de contar con él muchos años atrás. Aproximadamente cuando Salva, que lidiaba como podía con un cargo complicado en una entidad bancaria, empezó a obviar las visitas a su hijo y Dani dejó de insistir en que quería verle regularmente.

Solos.

Sola.